

— 732 —

La ideología mahometana y su influencia revolucionaria en
la invasión y conquista de España.--La reconquista
burgalesa en los siglos VIII, IX y X

—♦♦♦♦♦—

CAPITULO I

La península ibérica campo de cruce de civilizaciones.—La romanización de España.—Los bárbaros.—Creación del reino visigodo.—La cultura cristiana y su influencia en la organización de la monarquía goda.—Los Concilios de Toledo y las Etimologías de San Isidoro.—La corrupción de las costumbres en el reino godo y el influjo del concepto mahometano de la vida y de la religión en la descomposición del reino, causa preparatoria de la invasión.—La escuela de Toledo y la cultura árabe

Dice un escritor que para conocer la infraestructura de la Historia de España hay que tener en cuenta que su especial situación geográfica sirvió su solar de plataforma, en la que se mezclaron y presionaron, en lucha milenaria, las varias civilizaciones que se asentaron en su suelo. Sin tener en cuenta este aspecto y su aportación universal y su actuación política, no podrá explicarse la llamada invasión árabe.

Muy grande fue la importancia de la cultura latina en nuestra patria, siendo, como afirma Menéndez Pelayo, el efecto natural de la misma la *romanización del país*, La tradición romana arraigó tanto en España, que asentados los bárbaros, actuaron éstos de tal modo al apoderarse de la Península, que las ideas de éstos perdieron eficacia, hasta el punto de que España fue la provincia menos germanizada. Karl Vossler, dice sobre esto (1) «que esta romanización tuvo lugar partiendo de las ciudades del Sur»,

(1) Algunos caracteres de la cultura española.—Colección Austral—pág. 66.

y como prueba de ello cita el que en la Tarraconense, la provincia mayor de la península ibérica, estaba formada por 293 municipios independientes políticamente, mientras que en las tres provincias de la Galia sólo existían 74 municipios. Esto lleva a afirmar a Oliveira Martens que «los bárbaros no vinieron a nuestra patria como conquistadores, sino como pacificadores», y a ello fue debido el que las instituciones políticas y sociales que nos legó Roma, se conservaran incólumes, no sólo bajo el dominio de los visigodos, sino también de los árabes, y así sucedió que durante el imperio visigodo existió en España una cultura excepcional, que descansando en fuentes cristianas, girara en derredor de las Etimologías de San Isidoro, compendio del saber de la época, en los siglos IV y V. Sobre esta cultura y la persona de nuestro Santo, nos dice nuestro gran Menéndez Pelayo (2) que «tue San Isidoro artífice incansable en la obra de fusión de godos y españoles, a la vez que atiende con exquisito cuidado a la educación de unos y otros, así del clero como del pueblo, fundando escuelas episcopales y monásticas... defendiendo la vida conventual y dando regla especial y española a sus monjes... escribe compendios, brevariarios y resúmenes de cuantas materias puede ejercitar el entendimiento humano... La serie de sus obras viene a constituir una inmensa enciclopedia, en que está derramado y como transfundido cuanto se sabía y podía saberse en el siglo VII... Los primeros siglos de la Reconquista son, bajo el aspecto literario, una prolongación de la cultura visigoda, cada día más empobrecida y degenerada, pero nunca extinguida del todo; el fondo antiguo no se acrecentaba con cosa alguna, pero a lo menos se guardaba intacto. Los libros del Gran Doctor de las Españas, continuaban siendo texto de enseñanza en los atrios episcopales y en los monasterios y conservaban gran número de fragmentos, extractos y noticias de la tradición clásica... Los historiadores de la Reconquista calcan servilmente las formas del cronicón isidoriano». Esta cultura se manifiesta también en las obras contra el priscilianismo, y en lo político y religioso, en las actas de los concilios toledanos; todo lo cual lleva a decir a Bonilla San Martín (A) (3) que «la invasión goda, lejos de sofocar este progreso, lo acrecienta y articula constantemente», y que en lugar de venir a hacer tabla rasa de la civilización hispano romana, imponiendo su lengua, religión y costumbres al vencido, sucede todo lo contrario, porque «el que cambia de religión es el vencido, y en cuanto a su influencia, es fenómeno curioso el que el escaso centenar de palabras germánicas que emplea el castellano, sea de introducción más antigua, anterior a la desmembración del imperio». Compartiendo esta idea, nos dice Unamuno en sus Ensayos que «el que quiera juzgar de la

(2) Estudios de crítica literaria, 1.ª serie-pág. 137.

(3) Historia de la Filosofía Española.- Tomo I - pág. 206.

romanización de España, no tiene sino ver que el castellano en el que pensamos y con el que pensamos, es un romance del latín casi puro y que se ha separado menos que el francés de la madre común a ambos, entendiendo mejor los españoles el Poema del Cid, que los franceses la Chansón de Roland».

Los godos, últimos testigos y auxiliares de la agonía del imperio romano, al asentar sus reales en la Península, su suave clima les volvió muelles y voluptuosos y la influencia de una política enervante, acabó con su vigor y energía primitiva, preparando así la catástrofe del Guadalete, haciendo decir al monje de Silos (4) que «a un tiempo toda la raza goda, sueltas las riendas del gobierno, comenzó a inclinar su ánimo hacia lo soberbia y la lascivia». Su consecuencia fué el envilecimiento de la raza goda y el odio que ésta inspiraba al pueblo indígena español, el cual, más adelante, al verse oprimido por los árabes, se dió cuenta de que no había hecho más que cambiar de tirano.

La corrupción de las costumbres y el peso de los pecados de todos, rebasaron la medida de la equidad y la justicia, y el edificio del imperio godo, siempre rico en magestad exterior, se vino abajo por la fuerza de sus propias obras. «Los escritores providenciales, partidarios de la única verdadera filosofía de la Historia, sostiene Menéndez y Pelayo (5), consideran el *pecado original*, como fuente de desorden en el universo; el *pecado individual*, como causa de toda desdicha humana, y el *pecado social*, como explicación del menoscabo y ruina de los estados, no pueden menos de señalar la heterodoxia y el olvido de la ley moral, como causas primeras y decisivas de la caída del imperio visigodo».

En esta situación se aprecia bien la lucha sorda entre todos y cada uno de los elementos constitutivos del Estado, dentro del cual y sobre la lucha del poder real y teocrático romano, existían tres clases de gentes, numerosas y opuestas al egoísmo godo: los *judíos*, los *siervos* y los *arrianos*, a quienes se trataba del modo más autoritario, que el Fuero juzgó y los cánones de los Concilios Toledanos, ponen de manifiesto. Dadas estas condiciones, la caída del imperio godo tiene fácil explicación: eran precisos nuevos elementos que cimentaran el porvenir y fueron los bárbaros los que calaron los cimientos en que tenía que levantarse, al par que la civilización cristiana, la libertad que el derecho humano necesitaba para abrir nuevo cauce en el mundo de los hechos y las ideas.

La raza goda, empuñando el triple cetro de la fuerza, del derecho y de la religión, oprimía con férreo yugo al pueblo avasallado, y cuando sus

(4) *Cronicón Silensen* - Cap. II.

(5) *Heterodoxos españoles* - Tomo II - páginas 209 y siguientes.

propios vicios le envilecieron y debilitaron y se vió enfrente de un enemigo valiente y poderoso y llegado a su propio suelo a combatirla, como le faltaba el apoyo de la masa total del pueblo trabajador, único que sostiene y defiende el poder, cayó para no levantarse más, envolviendo en su ruina a la España entera.

«Bien se, dice Menéndez y Pelayo, (6) que no estaban exentos del contagio los hispano romanos, puesto que Dios nunca envía las grandes calamidades sino cuando toda carne ha errado su camino». Bajo los últimos reyes godos, España sufrió un triple despotismo, impuesto: 1.º Por un *clero*, opulento y orgulloso, que tuvo, en lo político, mediatizado al trono; 2.º Por una *nobleza* dominadora, que se reservaba todos los derechos y servidumbres, y 3.º Por un *rey*, que no lo era de todos los españoles, sino sólo de los godos, distinguiendo a sus vasallos en siervos y hombres libres. Este excesivo poder de la nobleza hizo imposible que la transformación unificadora e igualitaria que se había llavado a la legislación goda, tuviera una realización inmediata; se necesitó para ello más tiempo que el que medió entre Leovigildo y Rodrigo, que fué apenas siglo y medio.

«La nobleza goda era rebajadísima en costumbres: la crueldad y la lascivia manchan a cada paso las hojas de su Historia. El adulterio y el repudio eran frecuentísimos y el contagio se comunicó a la clerecía... Los Prelados de Galicia esquilaban sus iglesias, según resulta del cánón IV, del Concilio VII. El VIII, en sus cánones IV, V y VI, tuvo que refrenar la incontinencia de Obispos, Presbíteros y Diáconos. Ni aun así atajó el mal... Grandes culpas tenía que purgar la raza visigoda». Tal es el cuadro que pinta Menéndez y Pelayo (6).

El dualismo estableció por los derechos de conquista y por el egoísmo que presidía a las manifestaciones de la vida social, que informaba el imperio gótico romano, tan depresivo para los que, aun procedentes de orígenes y razas distintas, habían venido a ser y constituir por la desgracia e invasiones anteriores, el núcleo genuino de las aspiraciones y fuerzas del pueblo indígena, del pueblo español, sostenía en la Península un malestar profundo y creciente, que traído y llevado por el espíritu de rebeldía en en que se desenvolvían las fuerzas de sostén y resistencia del imperio gótico, hubieran concluído por aniquilar a los dos pueblos, al dominador embriagado por el vicio y la molicie; al dominado embrutecido, dormido y aniquilado en la opresión y la miseria, que vino a ser redimido providencialmente, una vez más, en su desgracia, por la invasión de los árabes,

(6) Los Heterodoxos españoles - Tomo II - pág. 212.

quienés, como se verá, soldaron, de una vez para siempre, en uno, los intereses de ambos pueblos, cosa a que no había podido llegarse apesar de los cuatro siglos de existencia sobre un mismo suelo.

No había transcurrido un siglo desde el comienzo de la predicación de Mahoma, y ya los musulmanes se extendían desde las puertas de la India hasta el estrecho de Gibraltar. Un imperio, el persa, lo habían ocupado y parte del imperio bizantino, las provincias orientales, habían sido conquistadas. Un conjunto de circunstancias favorables contribuyó a la rápida expansión, y esto mismo iba a ocurrir en la Península, donde el empuje musulmán iba a coincidir con la descomposición interna del Estado visigótico, lo cual facilitó el pleito que oponían los hijos de Witiza al rey D. Rodrigo. Ya a fines del siglo VII, se empezó a notar síntomas de perturbación, y así vemos, como en tiempo de Wamba, gentes del otro lado del estrecho, en el año 642 (24 de la Hégira), siendo califa Omar, intentaron poner el pie en las Cortes españolas, ocupando 270 naves, las cuales fueron vencidas y quemadas. En tiempo de Egica y Witiza, los bizantinos, en connivencia con los que habían quedado en este pueblo, en la costa levantina, volvieron otra vez a intentar el desembarco, pero el Conde Teodomiro los derrotó obligándoles a reembarcar.

Más adelante, el Califa Alvalid envió a su gobernador en Africa, Muza ben Nozair, a la conquista de la Mauritania, provincia española en los últimos tiempos del imperio romano, ocupada por vándalos, bizantinos y godos, mandados éstos per el Conde D. Julián y Muza, llegó con sus fuerzas hasta el Atlántico, arrojando de Gómara a dicho Conde y sus auxiliares cristianos, todos de Tánger, el año 707, obligándoles al año siguiente a capitular en Ceuta. Con esto vino España a estar amenazada por el Sur, y añádase a esto el poder de los judíos en España y Marruecos, desde la persecución de Adriano y la de los monarcas visigodos, hasta tal extremo que ya en tiempos de Egica (692 y 694), habían puesto en peligro la estabilidad de la monarquía goda, hicieron estos elementos que el estrecho de Gibraltar, más que foso, fuera un puente que pudiera servir a los sarracenos para la conquista de España.

Pero los musulmanes carecían de escuadra, y prudente el Califa Alvalid, escribió una carta a Muza aconsejándole, ya que le era poco conocida la Península, que «envíe a ese país algunos destacamentos que la exploren y tomen informes exactos y no expongan a los muslines a un mar de revueltas olas». Y llegamos ya al punto concreto de la entrada de los moros en España. Según Olague (Y.) (7) «un buen día cruzan el estrecho unos cuantos moros y se habla de invasión, cuando lo que ha ocurrido es una

(7) La Decadencia Española - Tomo I - pág. 50.

revolución no circunscripta a España, sino a todo el Mediterráneo». ¿Cómo sucedió esto? La conducta seguida con los judíos en los últimos años de los reinados godos y la sucesión al trono, muerto Witiza en el año 708, dió origen al encono de los partidos entre sí; de un lado, el partido del hijo de Witiza, el niño Achila, formado por gran parte de la nobleza goda y el frente D. Opas, metropolitano de Sevilla y del otro, el partido popular hispano romano y a su frente el Conde de la Bética y el rey D. Rodrigo.

Estas discordias salvaron el estrecho, y llegaron hasta Damasco las ambiciones de los hijos de Witiza, los cuales hicieron un pacto con Alvalíd, complicando a los sarracenos a su favor, resultando de todo esto que se comprometiera el Califa a que los musulmanes pasaran a España, a título de simples auxiliares, y previo un tanteo de Tarik abri Zora, en 710, que verificó una correría con unos centenares de hombres, que resultó infructuosa; al año siguiente, en 711, Tarik, liberto de Muza, desembarcó en la primavera de dicho año en el peñón de Gibraltar con 7.000 gomeres, al mando de citado Tarik bin Zuyad, y poniéndose en contacto con elementos witizanos, obtuvo victorias locales, aprovechando la ausencia del rey D. Rodrigo, que se hallaba en Navarra dominando una sublevación de los vascones. De esto nos dan cuenta Al Makari (8) y Agbar Machinua (9), en estos términos: «penetrado (Rodrigo) de la importancia de esta invasión de sus dominios, dejó lo que tenía entre manos (la sumisión de los vascones) y poniéndose en marcha con todo su poderoso ejército, llegó a Córdoba»; con esta manifestación está también conforme el Tridense, en su *Cronicón Mundi* (10).

Como hemos dicho, parece que sólo quiso que los musulmanes vinieran a España como auxiliares del partido godo, y por ello el partidismo witizano sino fué causa única de la invasión, por lo menos allanó el camino. El Conde D. Julián, cliente de Witiza, al fallarle la ayuda visigoda, pactó con los árabes y, seguramente, empujó a Muza ben Nosayr, Gobernador de Africa y del Mogred, a la empresa española.

Rodrigo no pudo llegar a tiempo; su sobrino Enneco, Duque de la Bética, que acudió desde Córdoba a contener la invasión, fué derrotado y pereció en la batalla. Cuando Rodrigo llegó a la vista del ejército musulmán, Tarik había recibido refuerzos considerables de Muza, y unidos a ellos los partidarios de Witiza, formó un ejército de unos 20.000 hombres, que enfrentados a las huestes de Rodrigo y aceptada por éste la batalla sobre el río Guadalete y laguna de la Janda, fué derrotado el ejército del

(8) Historia de las dinastías mahometanas en España - Tomo I - pág. 260.

(9) Colección de tradiciones - pág. 21.

(10) Libro III - Era DCCXVII - pág. 7.

Rey, lográndose esto porque en medio de la batalla, el ala derecha del ejército de D. Rodrigo, en la que figuraban las tropas mandadas por el Duque Gesiberto, el Obispo D. Opas y los partidarios de Witiza, se pasaron al enemigo, y atacando el centro del ejército real, quedó éste desbaratado.

«Los resultados de esta batalla, puso de manifiesto la falta del imperio visigótico; éste era un reino geográficamente perfecto, que domina toda la Península pero que carece de vida interna que le de robustez y cohesión. Es una unidad sin fuerza, que actúa sobre un cuerpo cansado y con escasas reservas . . . A una vitalidad insolidaria ha sucedido una inerte solidaridad, y toda la España Goda, oscilando entre el estupor y la pasividad, seguirá la suerte de la monarquía vencida en Guadalete» (11).

Los escritores tradicionales nos cuentan que grandes masas de musulmanes pasaron el estrecho, y no pudiendo a éstos los ejércitos godos, arrasaron la Península, pintando la invasión con caracteres terroríficos y sanguinarios. Pero algunos historiadores como Ambrosio de Aboneles y Bernardo de Aldrete, en el siglo XVI, se dieron cuenta de que no fué tal invasión tal como la pintaron algunos cronistas, y de que los antiguos cronicones se mostraban en contra de esta leyenda, cosa que observó también el P. Burriel en el siglo XVIII, y les hubiera causado mayor extrañeza con sólo saber que 12.000 hombres bastaron a Tarik para acabar con la monarquía goda y, vencedor, llegar, atravesando toda España, hasta el Pirineo. ¿Cómo pudo ser, entonces, que un ejército tan reducido lograra dominar en breve tiempo no sólo un país tan grande como España, sino crear además en él una civilización que llegó a alcanzar tan alto nivel, que todos admiran?

Esos hombres no llegaron todos de una vez, sino primero fueron unas huestes que no eran árabes, sino gentes pertenecientes a la tribu de Gómera, subordinadas del Conde D. Julián, en número de 7.000, a los que, posteriormente, se les unieron otros 5.000. Según Olague (Y), (12) no se debe olvidar que en aquel tiempo, en el Mediterráneo, no existía ruptura alguna, como la que se estableció más tarde. Entonces, dice, las gentes del Estrecho gozaban de unas mismas costumbres, con rasgos étnicos muy parecidos, y que los presuntos bereberes gozarían de una cultura muy parecida y emparentada con aquellos andaluces. Pero no fué así; los invasores tenían una manifiesta inferioridad respecto a los hispanos, en cuanto a cultura, que le hace afirmar a Dozy en sus *Richirches* «que el imperio visi-

(11) Ribera (P) - Historia de España - Edades antigua y media - Enciclopedia Labor Tomo II, 2.ª parte.

(12). Op. citada - pág. 148 - Tomo II.

godo era el más culto de todo Occidente y que los emisarios árabes no introdujeron en Andalucía una cultura determinada, sino la levadura que fermenta la masa, que ya existía desde hacía largo tiempo en el país».

Los historiadores modernos se han dado cuenta que los acontecimientos sucedidos pertenecían a los momentos más intrincados y oscuros de la Historia universal, y que por ser el error tan craso en su apreciación, era menester plantear la cuestión sobre bases distintas a las tradicionales, pero no restringiendo el hecho sólo a España, sino a toda la cuenca del Mediterráneo. Convenía, pues, precisar los datos que nos suministra la Historia, para saber con exactitud lo que podríamos sacar de ellos, desmenuzándolos con ayuda de un criterio objetivo.

Todo el mundo tiene formada la idea de que los árabes conquistaron España y que en ella estuvieron ocho siglos; pero no fué así; baste saber que la mayoría de los que dirigieron la conquista, no lo eran; el Conde D. Julián, era goda; otros, que bizantino; Tarik, rifeño; Mura y Alí, descendían del Irán, y Mogueit, procedía de Siria; ninguno, pues, era árabe, constituyendo lo que hoy se dice una minoría internacional, movidos, quizá, por un mismo ideal o, tal vez, impulsados por afán de lucro. Lo que si se ve, estudiando los hechos causa de la invasión, es que ésta no hubiera podido llevarse a efecto sino hubieran intervenido los españoles a su favor y, jamás, sin la intervención de ellos, la civilización arábiga hubiera arraigado en España, habiendo alcanzado a principios del siglo VIII gran importancia estos hechos y complicado en ellos todo el pueblo visigodo, lo mismo en las altas esferas cortesanas que entre el pueblo.

Los historiadores tradicionales no culpan a los hijos de Witiza, sino a éste, del relajamiento de la sociedad visigótica, y atribuyen esta corrupción de costumbres al excepticismo religioso; éste, como sostiene Olague (Y.), (13) no se dieron cuenta de que era la consecuencia natural del forcejeo entre ambas civilizaciones. La razón de ello nos la da Menéndez y Pelayo (M), (14), del cual es este juicio:

«No importa que hubieren desaparecido, a lo menos de nombre, los arrianos, y que Recesvinto diese por extinguida toda la doctrina herética... La *unión* habrá adelantado mucho en tiempos de Recaredo, no poco en el de Recesvinto, pero distaba mucho de ser completa... La *conversión* de los visigodos fué demasiado súbita, demasiado oficial, digámoslo así, para que en todo fuese sincera... El pueblo, el clero mismo, abrazaron, en su mayor parte con fe no fingida, la nueva salvadora doctrina, pero esa aristocracia militar que quitaba y ponía reyes era muy poco católica... Todos o casi

(13) Op. citada - pág. 158.

(14) Op. citada - pág. 210.

todos abandonaron de hecho o de derecho el arrianismo, pero muchos, duele decirlo, no para hacerse católicos, sino indiferentes, o a lo menos malos católicos prácticos, odiadores de la Iglesia y de todas sus instituciones».

El escepticismo se extendió a la sociedad española, y más desde el momento en que el clero se dejó arrastrar por la corriente y principalmente por la simonía, vendiéndose por vil precio las cosas sagradas, llegando el desconcierto a tal extremo que, en plena discusión contra el adopcionismo, el legado del Papa Egila, precisamente enviado para reprimir el movimiento, se pasó con armas y bagajes al campo contrario.

Estos historiadores no se dieron cuenta de que la libertad en las costumbres existente en la sociedad goda, significaba, como afirma Olague (Y), una auténtica revolución, cuyos puntos extremos la constituyeran la organización de las familias romana y árabe, descansando la primera, en el monogamismo, y la segunda, en la poligamia. Lo importante, aparte de la corrupción de costumbres existente, eran las doctrinas que sancionaba el matrimonio o concubinato del clero, las costumbres de la nobleza goda de mantener verdaderos serrallos en sus palacios y hasta según un cronicón, que una Ley de Witiza, autorizara la poligamia, extendiéndola a todos los vasallos, ya fueran laicos o eclesiásticos.

Lo decisivo fué que los españoles de entonces aceptaran esas ideas en gran número y las juzgaran buenas y creyeran en ellas como remedio de sus males, y esto pudo ocurrir gracias al lazo de unión que, a través de varias centurias, habían emparentado a predicadores y oyentes. España, aunque separada por el mar no dejaba de ser frontera, donde se propagaban y contrastaban las ideas cristianas con el mahometismo y antitrinitarismo mahometano, y con su moral, libre y concupiscente, que dió por resultado en la lucha entablada entre ambas partes, inclinarse al lado de los árabes y no de las huestes de Rodrigo.

Este concepto particular de los hechos, tardó mucho tiempo en desvanecerse y ello fué producto de concepciones posteriores, porque según más adelante veremos, basta apreciar las fuentes cristianas y las árabes, todas ellas siglo y medio posteriores a la iniciación de la Reconquista y fundadas ambas en un exagerado patriotismo y en una concepción religiosa mal entendida.

Antes dijimos que los cronistas y escritores que descansaban en la tradición, desde el arzobispo D. Rodrigo hasta fines del siglo pasado, concibieron por el carácter fanático de los árabes y su invasión en tromba, a través de los cronicones y relaciones árabes, a una España saqueada, anegada en sangre y arrasados sus pueblos y ciudades.

Si lo que se llama invasión, como lo ven los historiadores modernos,

se traducía por revolución y la conquista por un período de fricción entre ambas civilizaciones, los hechos se aclaraban, pues por un lado desaparecía lo deprimente de la conquista y, por otro, ésta adquiría la categoría de un hecho trascendental y universal, no teniendo relación alguna con factores estrictamente hispanos. La superación del ideal cristiano, imponiéndose sobre la cultura árabe, revestía, como dice un escritor, el carácter fatal de una ley cósmica; los altos y retrocesos que durante la lucha tuvieron lugar en la meseta central, obedecían a movimientos decisivos de la historia universal, mas resuelto este conflicto, el pueblo no se dejó engañar y así pudo apreciarse cuándo el espíritu cristiano descendió del palenque político a la vida social, que la catástrofe tan descomunal como fué la invasión árabe, tenía por causas el hecho de haberse entregado España al pecado de la carne, con lo que el pueblo en su imaginación representa la ya extraña civilización islámica.

Olague (Y) cita como justificación de esta apreciación popular una estrofa de un romance, que lo expresa claramente:

«Florinda perdió la flor,
El Rey padeció el castigo.
Ella, dice que hubo fuerza,
El, que gustó consentido.
Si dicen quién de los dos
la mayor culpa ha tenido,
Digan los hombres, la Cava
y las mujeres, Rodrigo;

y saca la consecuencia, ni ellas, ni ellos, ni fuerza, ni abuso, sino mutuo consentimiento; es decir, la nación entera fué la que cayó en aquel pecado que, con una religión, les había llegado de Oriente.

¡Cómo había de vivir una sociedad herida de muerte por la irreligión y el escándalo, exclama Menéndez y Pelayo (M) (15), aunque fuesen buenas sus leyes y las administraran varones prudentes! ¡Qué podía esperarse de un pueblo en que era común la infidelidad en los contratos y en las palabras, la influencia en las artes mágicas y frecuente el suicidio! No alcanzan los vicios de la monarquía electiva, ni aun la falta de unidad en las razas, a explicar la conquista arábica. La raíz era más honda, como acabamos de demostrar.

Mas la cultura cristiana fué muy superior a la árabe, apesar de la incapacidad absoluta para crear un régimen estable y lograr una civilización completa y efectiva. Y sin embargo, como sostiene Menéndez y Pelayo

(15) Los Heterodoxos españoles - Tomo II - pág. 211.

(M), «cuánta grandeza en este período: la ciencia, el arte, los cánones y las leyes son gloria de la Iglesia. Los visigodos nada han dejado: ni un libro, ni un recuerdo, si quitamos las cartas de Sisebuto y Bulgarano».

Los que en los Concilios toledanos combatieron la corrupción y la licenciosa vida visigótica después de la conquista, levantáronse de su caída con apostólico vigor, dando gloria inmarcesible a la escuela toledana, con sus mártires y confesores, los cuales, como afirma nuestro polígrafo, «probaron su fe y el recio temple de su alma, bajo la tiranía musulmana».

Respecto a la cultura y a la civilización árabe, expone que «lejos de ser una manifestación espontánea del genio semítico, lo es de todo punto extraño y contradictorio, como lo prueba el hecho de no haber florecido jamás ningún género de filosofía, ni de ciencia, entre los árabes ni entre los africanos... Y si nuestros padres de la Edad Media, por fanatismo o mal entendido celo, hubieran evitado toda comunicación de ideas con ellos, rechazando o anatematizando su ciencia, pudiera excluir de nuestra historia científica este capítulo de los árabes, y vemos que inmediatamente después de la conquista de Toledo, la cultura árabe se afianzó en las escuelas toledanas y fué estudiada y transmitida por los españoles al resto de Europa, y sería inexplicable este reconocimiento de los tiempos medios sin la acción de la España Cristiana y su colegio de Toledo, y esta ciencia hispano cristiana tampoco encontraría explicación sin el preciso conocimiento de la ciencia árabe, interpretada por los mozárabes, mudéjares y judíos».

JULIÁN G.^a SÁINZ DE BARANDA.